

**ME GUSTA
EL LENGUAJE**

DÍA PRIMERO

Hola, Pablete. ¿Qué estás haciendo?

Los deberes de lengua. Mañana tengo examen.

Por tu entonación deduzco que no te gusta demasiado el lenguaje.

¡Jo! Es que es un rollo, que si el pluscuamperfecto, que si el sintagma nominal y todo así de aburrido.

El que se aburre es un burro. ¿Has visto? He hecho un juego de palabras. Con las palabras también se puede jugar, divertirse, pasarlo bien. “Aburrir” o “aborrecer” no tienen nada que ver con “burros” ni “borricos” sino con “horror” y “horrible”, unas palabras heredadas de la lengua latina y que significaban “erizarse”. Cuando algo nos da grima se nos “eriza” el pelo, como los “erizos” con sus púas puntiagudas.

Pues yo no me lo paso nada de bien en clase de lengua.

Quizás es que no ves ni oyes las maravillas del lenguaje. Fíjate que he dicho “ves” y “oyes”. Desde que se inventó hace unos miles de años la escritura los hombres podemos pintar con carboncillo las ideas usando unas letras negras que un valenciano del siglo XVI, Luis Vives, llamó “hormigas”. Eso, llamar “hormigas negras a las letras”, es una “metáfora”, una palabra griega que significa llevar una cosa (fora) más lejos, a la “meta”. El “método” es el camino que nos lleva a la “meta” y la meta que yo busco es que tú puedas descubrir que el lenguaje no es una cosa “aburrida” ni aborrecible. Si lo consigo habré metido un gol al guardameta.

Pues a mí me gustaría más jugar al baloncesto mañana que aprenderme la conjugación del verbo “amar” para aprobar el examen.

No se puede amar lo que no se conoce. Tú has dicho “baloncesto”,

o sea, has pegado juntas la cosa “balón” y la cosa “cesto” y con eso sabes bien de lo que hablas. Pero imagina que un indio diga “alubias-pedo-caca”. Estará empleando el mismo procedimiento aglutinante que originó un día la palabra “baloncesto”. No es tan sencillo como parece crear una palabra nueva, “nacida” de la “nada”. Los romanos, para expresar esa idea (además de usar “nihil”, que da “aniquilar”, dejar en “nada”) usaban una frase negativa: “no hay cosa nacida...”. Es decir “res nata”. El catalán se quedó con “res” o cosa, para decir “nada” y el castellano con “nacida” (nata) para la idea de nada. De la nada nada sale. Prueba a hacerlo e inventa una palabra que no exista.

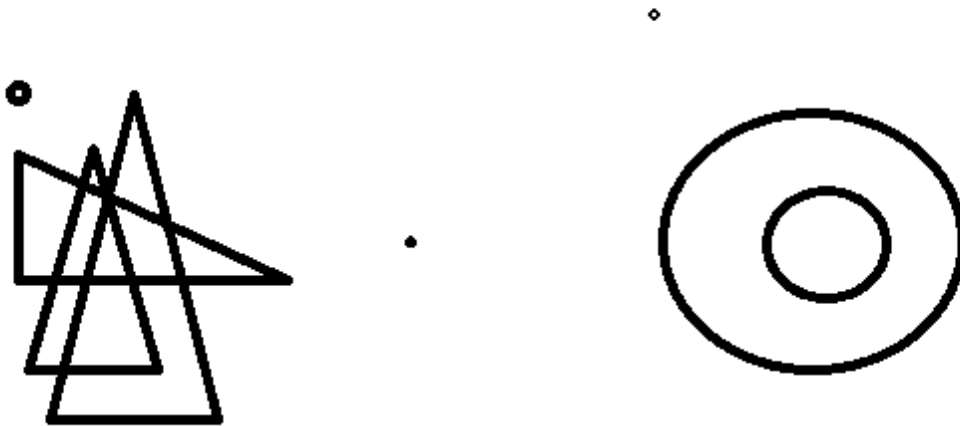
Eso está chupado. Vamos a ver: “conchilar”, “tabico”, “tulona”. Ya tienes tres nuevas palabras.

Muy bien, pero observa que “conchilar” acaba en “ar” como los verbos de la primera conjugación, y si vemos sus sílabas tenemos “con”, como “condicional”; “chi”, como “chino” y “lar”, como largo. Has usado sílabas que ya existen en castellano y te has limitado a poner alas a un león, cortar y pegar. Lo que quiero decirte es que para inventar una palabra nueva has tenido que respetar unas reglas que ya tienes en la mente sin darte cuenta, unas reglas que tú aprendiste de niño cuando comenzaste a hablar escuchando en casa a tus padres. Toda libertad se ejerce siempre dentro de unos márgenes y cuando éstos son holgados no nos damos cuenta de los límites. Un australiano no piensa que vive “aislado” en una “isla” como Robinsón “Crusoe”, que rima con “Zoe”.

Ya me está pareciendo ahora la lengua un poco más divertida.

Me alegro. Vamos a realizar ahora un experimento lingüístico como si estuviéramos laborando en un laboratorio de ciencias naturales. Yo te doy estas dos palabras: “tiquismiquis” y “bumbury”. Y tú tienes que nombrar las dos imágenes que te muestro a continuación cada una con uno de esos dos nombres. Estas son las dos figuras:

Yo diría que la figura 1, la de triángulos, es mejor llamarla “tiquismiquis” y



la figura 2, la de círculos, “bumbury”.

Nueve personas de cada diez a las que planteas este mismo experimento dan la misma respuesta que tú has dado ahora. Los sonidos de las palabras nos evocan sensaciones, los asociamos con acciones o con objetos de la vida cotidiana. Si ves una película habrás notado que cierta música es buena para escenas de miedo o terror y otra música es más adecuada para situaciones cómicas. En el ejemplo anterior abunda la vocal “i” que es un palito, una vocal “aguda”, chillona, con una punta como una “aguja” (“acústica” viene del latín “acus” que quiere decir “punta”) y eso es lo que nos ha sugerido los triángulos con sus esquinas. Por el contrario, en “bumbury”, como en “bombilla” o “bomba” (iboom!) nos imaginamos algo redondo porque al pronunciar juntas la “b”, la “u” y la “m” ponemos los dos labios adelantados, redondeados, como una bocina.

Nunca lo había pensado. O sea, que los sonidos nos hacen imaginar cosas.

Así es. Los poetas hacen bastante uso de esta capacidad de evocación que tiene el lenguaje. Cuando Góngora dice “Rompe Tritón su caracol torcido” ¿qué imagen visual te viene a la cabeza

al oír este verso tan bruscamente ruidoso?

Pues lo mismo que dice, a ese Tritón rompiendo el caracol.

Eso se debe a que este verso acumula muchos sonidos vibrantes, como la “r” de rompe y rasga (ris-rás) y también muchos “oclusivos”.

¿Qué es eso de sonidos “oclusivos”?

Piensa en una trompeta o cualquier otro instrumento de viento. Tienen unas teclas o unas lengüetas que tapan o liberan la salida del aire cuando el músico sopla. También los dos labios se cierran no dejando pasar el aire de los pulmones. Se produce un cierre, tapón u oclusión. Cuando la boca se abre de golpe, ese aire acumulado produce un ruido, una pequeña explosión como el corcho disparado de la botella de cava. Acuérdate de cuando los niños de teta charruquean y hacen tanteos y pruebas emitiendo sonidos repetidos como “pa-pá”, “ma-má”. Suele decirse, con razón, que los padres enseñan a hablar a los hijos. Sin embargo, en este caso sucede lo contrario. No es el niño el que dice “pa-pá” para llamar a su padre. Esos sonidos no tienen ningún sentido para él, son meros ensayos. El padre, al oír ese “pa-pá” aprende del niño la palabra y le infunde el significado que no tenía. El hijo “ha enseñado” al padre una palabra. Cuando el niño ya comienza a hablar oye formas como “temido”, “comido”, “salido” y, entonces, por “analogía” - una asociación mental - en lugar del participio irregular “muerto”, dirá “morido”, una voz que no ha escuchado jamás. Las analogías tienden a encuadrar las palabras en moldes lógicos para recordarlas y usarlas con más facilidad en vez de aprender múltiples excepciones. Del mismo modo, el lenguaje infantil nos enseña lo que sucede con la relajación de la lengua propia de los niños en las primeras fases de aprendizaje de su lengua. Si digo “andar” debo esmerarme para que se oiga la “n” y la “d” distintas, pero si relajo la tensión sucede que los dos sonidos se acercan, uno se “a-simila”, se hace “similar” o “semejante” al otro aproximando los puntos de articulación (el simio simula o es similar al hombre). Así de “andar” tendremos “an-nar” y “anar” (como en valenciano).

Esas “oclusivas” de las que hablas me recuerdan a los tapones que se hacen en el baloncesto evitando que la pelota entre en la canasta.

En un “tapón” se enfrenta un jugador contra otro jugador: base

contra base, alero contra alero, “pivote” contra “pivote”. Un equipo de baloncesto no puede jugar solo, necesita otro enfrente, un equipo oponente. En el lenguaje sucede lo mismo que en el deporte. Cuando dices “sofá” o “mismo” las dos “eses” no son iguales “físicamente”. La “s” de “mismo” se contagia de la sonoridad de la “m” (eso quiere decir que vibran las cuerdas vocales). Pero en castellano no existe una oposición entre una “s” sonora y otra “s” sorda, como en francés, que opone “poison” (veneno) a “poisson” (pescado). En cambio la “r” de “rata” se opone a la “g” de gata. ¿Qué pasa cuando un francés que no sabe pronunciar bien la “r” nuestra dice “gata”? Pues que se produce un equívoco al desaparecer la oposición de los “fonemas” r/g. No sabemos si ha dicho “rata” o “gata”.

Vale, pero ahora dejemos esta charla para otro “rato” u otro “gato”, que diría el “franchute”.

DÍA SEGUNDO

“Decíamos ayer” (así se dice, sea cierta o no la anécdota, que Fray Luis de León volvió a dar su clase después de varios años de prisión) que el lenguaje es como una competición deportiva. La p de pata se opone a la b de bata igual que el delantero a su marcador, que pretende tenerlo “a raya”. Si se “desmarca” ... ¡adiós! En el fútbol, y más aún en el baloncesto, suelen utilizarse desde hace algún tiempo “estadísticas”. Que si tantos minutos en posesión del balón, que si tantas asistencias o rebotes, etc. Ese cómputo permite valorar la eficacia, poner una cifra al rendimiento personal de cada jugador. En el lenguaje pasa también algo parecido. Todo lo que es material se puede medir y, aunque debemos ser comedidos en la aplicación de la matemática al lenguaje, no debemos tener miedo a las medidas. Vamos a ver, Pablete, dime parejas de nombres en las que se oponga o pongamos frente con frente a la “f” de “fuego” y a la “c” de cerilla.

Bueno, pues está “café”, de café con leche y “cacé”, de cazar un conejo.

¿A que no se te ocurre otra más? A esa pareja de fonemas opuestos “f/z” (escribo las letras, no los signos usados por la fonética) se la llama de “bajo rendimiento”. Vamos, como si un alero que tira veinte tiros en un partido y solamente encesta una vez.

¿Y para que sirve eso?

Bueno, en primer lugar, te diré, mejor todavía, te confesaré, que yo tengo un defecto de pronunciación, una pequeña dislalia. Consiste en que neutralizo la oposición entre la f y la z. Como ésta oposición es de “bajo rendimiento” apenas se apercibe la gente y aún sería más discreto mi problema si no fuera porque soy de “Faragofa” y mi hija se llama “Foe”. Pero esto es una cosa menor. Dime, ¿qué

pasa con un jugador de baloncesto que tiene un “bajo rendimiento”?

Pues que el entrenador lo manda a “chupar” banquillo.

Pues la lengua también tiene un “entrenador”, una “mano invisible”. Las oposiciones de fonemas con “bajo rendimiento” son puntos flacos del sistema fonológico y si hay un roto en el tejido es por donde tiene menos resistencia. La cadena se rompe siempre por el eslabón más débil. Si se neutralizase la oposición entre p y b sería un verdadero caos, un gran problema para entendernos. ¿Es pata o bata? En cambio, la igualación entre la “y” y la “ll” (el yeísmo) no provoca ninguna catástrofe. De hecho pocos saben lo que es un “poyo” o asiento de piedra (viene de podio) y muchos comen “pollo” o veranean en Mallorca, que es la isla “mayor” mientras que “Menorca” es la menor. O sea, que las oposiciones poco rentables, como las aisladas, las que no entran en correlaciones con las demás fichas y quedan como separadas del conjunto (igual que los grupitos apartados), son un factor de inestabilidad que proporciona la paja y la cerilla para el cambio, la evolución de un sistema fonológico a otro nuevo.

Ahora todo eso me vuelve a parecer otra vez un “rollo”.

Pues vamos a intentar desenrollar o desarrollar ese “rollo macabeo” (los libros, y “eso” - libro - significa “Biblia”, de la ciudad de Biblos, famosa por sus papiros, mientras que “macabeo” -en hebreo, “martillo”, el apodo de la familia judía que luchó contra los griegos- tiene relación con el “Macabít”, de Tel Aviv, el equipo de baloncesto). Antiguamente el libro se “enrollaba”, como las alfombras persas o las “persianas”. O sea, que un tío “enrollado” es alguien que da muchas vueltas para llegar a una sola cosa: tener un “rollete”.

Mi maestra dice que no se debe hablar así, diciendo “tía”, “rollo”, y cosas así.

Siempre han existido las jergas, los “argots”, el habla de “germanía” (“hermandad” en catalán), las lenguas particulares que son la seña de identidad de un grupo: los jóvenes, los malhechores, los informáticos, etc. (ese “etecé”, dicho de paso, es la abreviación del latín “et caetera”, los demás o restantes, por lo

que no se puede repetir diciendo “etc., etc.” como en el chiste aquel de uno que, al escuchar decir que el vecino se iba a Baden-Baden, contestó que él veraneaba en Vilanova la Geltrú-Vilanova la Geltrú).

¿Así que no está mal decir esas palabras, “tía”, “buen rollo” y todas esas cosas?

Tan mal o bien como el acné en la piel de los adolescentes. No solamente es inevitable sino que es una cosa natural, propia del lenguaje. Pero, como los parásitos, el argot solamente vive a costa de la lengua común de la que succiona la savia. Cuando un joven llama “carroza” a un viejo o “tronco” al padre, está tomando vocablos normales a los que aplica un sentido metafórico: una antigualla de locomoción (carroza) o la parte gruesa del árbol de la que salen los vástagos, los hijos. El argot nunca daña a la lengua, pues por definición solamente actúa “hacia dentro”, en el interior de un grupo que se margina “momentáneamente” de los otros hablantes. Muchas veces las jergas son “modas” de los “modernos” y nada se desgasta tanto como lo nuevo, que pronto se queda antiguo. A los modernos siguen los “post-modernos”, a falta de un nombre mejor.

Pues dile eso a mi maestra, que ayer me puso una mala nota por dos cosas: escribir “tía” y escribirlo sin acento en la “i”.

La palabra “acento” viene del latín “ad cantu”, según el canto, y era un signo, una notación encima de la palabra “cantada” en la liturgia romana cuando el latín ya no se entendía por el pueblo llano. Cualquier persona que hable español como lengua materna y haya escuchado la voz “camión” o el vocablo “pájaro” sabe pronunciarlas correctamente sin necesidad de ver escrita la tilde. El acento solamente es útil para la lectura de los extranjeros que no saben cómo se dice “camión” o “cámion”. De modo que los acentos son una herramienta para el aprendizaje de la lengua por otros pueblos extraños. Ni siquiera cuando diferencia la función de las palabras (más, adverbio de cantidad; mas, conjunción adversativa igual a “pero”) tiene sentido pues la frase, el contexto aclara si hablamos, por ejemplo, diciendo “de” preposición o “dé” verbo “dar”. Para los castellano-hablantes la colocación de los acentos es un asunto de “formas”, como llevar o no corbata. Por eso no hace falta hacer un “escáaaaandolo” pinchando a las voces con la tilde para ser tildados como letrados.

Otra cosa que me parece una tontería es la ortografía, que si con “b” de burro y no con “v” de vaca, cuando se pronuncian igual, que si una “h” que no suena y no sirve para nada, que si unas veces se escribe con “g” y otras con “j”.

La escritura es como la foto de un niño. El niño crece, se hace hombre ... pero la foto sigue igual. Pues bien, la escritura pretende reproducir el lenguaje oral, pero éste cambia, evoluciona, mientras que lo escrito permanece fijo e invariable como la fotografía. La escritura es siempre conservadora y no puede seguir el paso de la lengua hablada. La ortografía francesa, por ejemplo, es un verdadero martirio para el escolar galo porque la lengua francesa ha cambiado mucho más deprisa respecto al latín que el castellano o el italiano. ¡Y no digamos ya la ortografía del inglés, que adopta bastante mal un abecedario extranjero para sus sonidos! En alemán el obispo Ufilas hizo un trabajo extraordinario adaptando la fonética de los godos a las letras latinas. De cuando en cuando se hacen necesarias algunas reformas ortográficas, pero con tiento y prudencia, pues no podemos hacer difíciles de entender los libros del pasado haciendo demasiados cambios de golpe. Por otro lado, lo que hoy es correcto puede ser un error propio de los pedantes eruditos que dicen “bacalado de Bilbado”, que todo termina en “ado” como “usted lo pase bien”. Mira la palabra “huevo”. Hoy se escribe con una “h”, cuando en latín se decía “ovum” (¿y no decimos España, de Hispania?). Esa absurda “h”, además de la diptongación de la “o” nos enmascara que “huevo” (ovo) es de la misma familia que “ovalado”, “ovario”, “óvulo”, “ovillo”, que no la llevan. Fíjate en el parecido de la palabra “ave” y “ovo”. ¿Será casual que las “aves” ponen “huevos”. Los cazadores, con su sombrero de pluma, levantan a las “aves” ocultas en los árboles con gritos similares a los de los forofos deportivos: “ou, ou, au”. O sea, “au...llan”. Si se escribiese “abe” se habría borrado la pista que nos lleva de la exclamación “au” hasta “ave” y “ovo”. El “avemaría” o el “Ave César” eran saludos que se realizan levantando el “ala”, el brazo en alto. En latín la vocal “u” y la “v” nuestra eran la misma letra y fueron los tipógrafos, los impresores del siglo XVI los que distinguieron la forma de una y otra, como se hace ahora: u, vocal; v, consonante. En otros casos la “h” del inicio nos indica que viene de una palabra latina con “f”. El castellano nació en contacto con la lengua vasca, que no tiene el sonido “f”. Al escucharlo del latín lo imitaban con una aspiración /h/ que

después desapareció. O sea, que la “h” es una “huella”, un vestigio del pasado y si la conservamos es del mismo modo que se mantiene el foro romano o el Partenón de Atenas, como una reliquia que nos aclara y da luz sobre nuestra propia historia.

Sí, pero me sigue pareciendo tonto decir “jefe” y “general”, una con “g” y otra con “j”.

Tal vez una reforma ortográfica futura acabe con esa molesta duplicidad. El poeta Juan Ramón Jiménez (o Giménez) siempre escribía solamente con “j”, por ejemplo, en “intelijencia”. Pero un premio Nobel se puede permitir eso y mucho más. Los demás debemos seguir las convenciones, usar unas mismas reglas de juego. Si cada cual escribiese como le viene en gana la comunicación por escrito sería caótica, anárquica, como sucedía antes del siglo XVIII. Un andaluz (la anécdota es de Unamuno) escribiría en vez de “se va a tostar” “sebá tostá” y otro entendería “cebada tostada”. Por otro lado, la ortografía nunca logra plenamente su ideal de reproducir el lenguaje oral. Tenemos signos de interrogación que nos señalan las preguntas y signos de exclamación, pero ¿y la duda? ¿o la rabia? Antes he advertido por la entonación que al decir “estoy haciendo los deberes de lengua” no te gustaba mucho lo que estabas haciendo. Sin embargo, ese ligero matiz no puede registrarse en la lengua escrita. Y como la lengua oral y las modulaciones de la voz son incontables no podemos inventar multiplicando los signos para cada una; sería más exacto pero también una confusión tanta profusión. Pero, si te sirve de consuelo, y sin querer excusar tus faltas de ortografía, es más importante el hombre que el traje, la honestidad del banquero que su corbata. Piensa bien, con argumentos sólidos, y una v o una b serán una nonada insignificante. El Quijote se escribió antes de que hubiese una ortografía creada por una Academia de la Lengua que “limpia, fija y da esplendor”, como dice su lema.

Otra cosa que no me gusta es aprenderme las conjugaciones de verbos, que si el pluscuamperfecto, el presente de subjuntivo y todo eso que debemos recitar de corrido como los loros.

No te falta un poco de razón en esa sinrazón de aprender unos tiempos verbales que usas sin darle un nombre “técnico”, a veces muy mal puesto. La palabra “plus-cuam-perfecto”, por ejemplo,

significa “más que perfecto” y “perfecto” (de un intensivo “per” - el per-dón es el mayor don - y el verbo “hacer” o “facere” en latín) quiere decir “completo, acabado”. Por eso es una tontería y una contradicción hablar de algo que es “más perfecto que lo perfecto”. ¡Y eso que la gramática tradicional, basada en los griegos y latinos, identifica la “lógica” y el “logos”, que en la lengua de Homero quiere decir tanto palabra como razón! Ese tiempo “pluscuamperfecto” solamente señala una acción pasada que es anterior a otra también pasada: “yo había terminado ya cuando él llegó”. Los gramáticos solamente clasifican, hacen clases con los tiempos y los modos de los verbos, meten en casilleros diferentes el presente, el pasado (los distintos pasados) y el futuro, una cosa que de modo inconsciente realiza cualquiera que habla su lengua materna y nunca se equivoca en la conjugación. Una vez más son los extranjeros que aprenden una lengua extraña los que necesitan de ese andamiaje para armar las frases pensadas. El problema es que cada lengua tiene su propia estructura de los verbos, divide o parcela el tiempo de un modo peculiar y no siempre existen correspondencias exactas entre una lengua y otra. Al trasvasar de una lengua a otra algo se pierde en el cambio. Al conjugar los verbos podemos sacarle algún jugo al juguete de las desinencias verbales. Por ejemplo: todos saben que “cantaré” es un futuro. Sin embargo, sólo los filólogos saben que ese futuro nace de combinar el infinitivo del verbo con el auxiliar “haber”. El decir “cantaré” viene de “cantar he”, o sea, “he de cantar”, “debo cantar”. Otras lenguas, como el inglés, utilizan el verbo “querer” para expresar esa misma idea.

En inglés los verbos están chupados ¿por qué en castellano no puede ser así?

Cada lengua se parece un poco a esos espejos cóncavos o convexos que ofrecen distintas imágenes de un mismo cuerpo, unas veces alargado, otras achatado. La realidad es la misma, pero la vemos de forma distinta. Los esquimales tienen una docena de nombres diferentes para designar la nieve según su consistencia. En castellano distinguimos entre hermano y hermana, como en inglés (brother, sister) cualquiera que sea su edad, que no importa. Sin embargo, en húngaro se distingue entre hermano mayor, hermano menor, hermana mayor y hermana menor. O sea, tienen cuatro nombres distintos para lo que nosotros tenemos solamente dos. Por el contrario, en malayo solamente hay un nombre, el mismo para referirse al hermano y la hermana, sin aludir al sexo ni la edad.

Eso me parece como el juego del rugby, que tiene unas reglas en Europa y otras distintas en Estados Unidos.

También en el lenguaje hay dos posturas, dos equipos rivales: unos creen que todas las lenguas pueden decir las mismas cosas y que por debajo de ellas hay una “gramática general”, unas reglas comunes porque el hombre tiene una misma “razón” y ésta razón es “universal”, idéntica para todos, un polinesio, un bantú, un piel roja o un alemán. El otro equipo piensa que cada lengua pone unos raíles al pensamiento de manera que lo que se piensa o se puede pensar en una no coincide con lo que en otra lengua se puede pensar. Un chino y un africano solamente podrán entenderse con un europeo en la superficie de la vida práctica. Pasa algo parecido al problema del origen del lenguaje: unos creen que los nombres tienen alguna relación con la cosa, como “carcajada”, “gargarismo” o “gangoso” que reflejan el empleo de la garganta (já, ga-gá); otros creen que entre el nombre y la cosa no hay más que un acuerdo, una convención: “a esto lo vamos a llamar así”. Claro está que, igual que en el “contrato social”, no hay un “acta” que registre esa convención porque nunca se ha dado. Lo habitual es que una persona de prestigio cree una palabra y los demás la acepten pasivamente o bien ésta se vaya modificando y modelando durante generaciones de boca en boca, como pasó con los cuentos o chistes, muchas veces similares en distintos países con algunas variantes.

DÍA TERCERO

Ayer decíamos que algunos lingüistas piensan que las primeras palabras eran “onomatopeyas”, esto es, imitación de ruidos naturales como cuando estornudamos con un “Atchiss” o bien pedimos silencio diciendo “chiss”, como el ruido de una rueda de bicicleta pinchada, y aceptamos la orden, con el dedo índice tapando la boca, sin “chistar” ni “rechistar”. Pero incluso con los ruidos naturales sucede que no todos los oídos oyen e interpretan del mismo modo. El perro, sea un pastor alemán o un pekinés, dice para un español “guau” y para un alemán “bau”.

Se me ocurre que al estornudar se le podría llamar “achisear”. Yo achiseo, tu achiseas, etc.

Veo que has descubierto un principio básico del lenguaje según lo entendía en el romanticismo el filósofo alemán Herder y hoy el norteamericano Chomsky. En el lenguaje siempre hay creación, nunca está cerrado, se pueden decir frases que nunca antes se habían dicho. Si no fuera así no se podría escribir poemas, novelas, ensayos. “Buenos días” es una frase hecha, pero cuando hablamos debemos crear un mensaje nuevo. Y esto es así para una verdulera y para un premio Nobel de Literatura. Ese neologismo “achisear” puede desplazar un día a “estornudar” si “cazamos” un resfriado...

¿No se dice “pescar un resfriado”?

Tienes razón. Los “resfriados” no se “cazan” (como los novillos o los novios ricos) sino que se “pescan” y el uso de dicho verbo nos advierte del papel que juega en el resfriado el agua, la humedad. En latín “crupta” es “gruta” y de esa misma raíz vienen dos palabras como “gripe” y “grupa”. La grupa es la joroba en el lomo de algunos animales. ¿Y no te recuerda esa grupa a los “griposos” encorvados, temblando por la fiebre, y “agrupados” en grupos alrededor de una fogata dentro de una “gruta”?

Nunca me hubiera imaginado que palabras como “gripe” y “gruta” tuvieran un mismo origen.

Pues así es, del mismo modo que algo “grotesco” es una cosa propia de los cavernícolas que habitan en una “gruta”. Ya habrás visto que en la lengua “todo se sostiene”, “uno para todos y todos para uno”, cada pieza se engarza con la siguiente y ésta con otra y podemos saltar de aquí hasta allá por todo el vocabulario como las ardillas en un bosque de sonidos. Es como cuando juegas al baloncesto y pasas la pelota a un compañero que se la da a otro para que enceste. Nunca sabes el camino que va a seguir la pelota. Vamos a seguir un poco más en la gruta. ¿No te parece lógico que en las “grutas” haya “grietas”? Esta palabra “grieta” viene de “crepta”, o sea, del verbo “crepitar” que es el ruido que hacen las ramitas cuando arden, chisporrotean y se parten, se “agrietan” como la “greda” (de “creta”), una arcilla o barro, o sea, una tierra mojada que es habitual en las húmedas “grutas”, “cruptas” o “criptas”.

Mi “profe” de literatura nos dijo que en un cuento de un americano, Edgar A. Poe, que se titula “El escarabajo de oro” venía un método de “criptografía” para descifrar mensajes secretos.

Sí, es cierto. Pero vamos por partes. En “criptografía” hay dos partes: “cripto” y “grafía”. La palabra “críptico” significa “oculto”, como las “criptas” que son oscuras, subterráneas, sin luz. También la “scriptura” o escritura es algo “críptico”, misterioso para quien no tiene la clave de lectura, para los analfabetos. Durante mucho tiempo no sabíamos qué decían los jeroglíficos egipcios hasta que no se halló la piedra de Rosetta que nos dio la clave para interpretarlos cotejando los signos desconocidos con el griego, una de las tres escrituras de un mismo texto. Piensa ahora en los habitantes de una cueva sentados junto a una hoguera que “crepita”. En latín “crepitu” es ruido, como el que haría un hombre que camina a oscuras y pisa las ramitas carbonizadas que se parten al pisarlas. Esos palitos “carbonizados” son los primeros lapiceros de carbón (o sea, “grafito”) para garabatear las paredes (“lapiz” es de la familia de “lápida” o piedra, como “dilapidar” es derruir). La voz “grafía”, antes de significar las letras escritas con “grafito” (los “grafiteros” que pintan los muros) quiere decir “arañar”, “rasguñar” con las uñas (la palabra “grapa” tiene la misma raíz “graf-”). Eso hacen los lápices en el barro o la pared, rayas como los arañazos de los “grifos”, unos animales fabulosos de la mitología. Si hoy llamamos “grifo” a las llaves de las cañerías

es por la vieja costumbre de que los caños fuesen la boca de agua de cabezas de animales, como las “gárgolas” de las catedrales que desaguan el agua de la lluvia.

A mi me gusta el juego de descifrar mensajes ocultos, como los que señalan en un mapa dónde se encuentra un tesoro escondido por unos piratas.

Antes hemos hablado de las estadísticas que nos decían el rendimiento de cada jugador durante un partido. Pues bien, para descifrar mensajes secretos (los “secretarios” guardan muchos de ellos) es preciso estudiar las frecuencias, la repartición o distribución de todos los signos y realizar correspondencias para hallar el código, la “clave” o “llave”. Como las letras son unidades distintas se pueden contar. En español el fonema que más aparece es la vocal “a”. Y si pensamos en la lengua italiana nos viene a la mente la “i” (en parte porque es un morfema de plural: bambino, bambini). Del mismo modo en español es posible hacer combinaciones como “pl” o “pr” pero no bf o td. Estudiando por métodos estadísticos un texto podemos apoyar la autoría de una obra anónima, sabiendo que tal o cual autor tiene preferencia por ciertos vocablos o determinados giros que lo delatan como las cicatrices y tatuajes anuncian a un malhechor. Cualquiera que conozca el estilo característico de Ortega y Gasset puede intuir que se encuentra ante un texto “orteguiano” aunque no lo haya leído nunca ni pueda saber en qué obra se halla. Tiene su “sello” o marca personal, igual que algunos jugadores de fútbol se hacen famosos por realizar una “chilena” o meter goles desde el “corner”, la esquina, o como cierto atleta olímpico inventó un estilo de superar el listón en los saltos de altura saltando de espalda. Cada época, cada hombre, tiene su “estilo” y las cosas viejas son las que ya no se “estilan”.

Mi hermano se corta el pelo como sus amigos y tú tienes un bigote que ya no se “estila”.

Tienes razón. Yo he visto a muchos jóvenes de la edad de tu hermano con el mismo corte de pelo. Están todos ellos cortados por el mismo patrón, el estilo de moda, lo “moderno”. La palabra “estilo” (piensa en el “estilete” que abre las cartas) designa al “punzón” que hace “punciones”, “puntos” con la “punta” (cuenta cuántos “punch” he dado como un “púgil” que “pugna” con el “puño”). La ley que da Yahvé en el monte Sinaí a Moisés se graba

en piedra porque es una ley eterna y lo que es “duro” tiene mayor “duración” que lo blando, como el papel mojado. El “bigote” recuerda a los guardia-civiles franquistas y a los charros mejicanos. Los romanos no lo usaban, pero sí los germanos. De su lengua, del juramento “por Dios” (o sea by God) viene “bigote”, que puede servir como “apodo” de un presunto delincuente, “El bigotes” o de un humorista, “Bigote Arrochet”.

En mi escuela llamamos a un profesor el “chivo” porque tiene la barba de chivo.

Los apodos, como son expresivos y personales, suelen quedarse y fijarse en la memoria mucho mejor que los nombres, que son comunes. ¿Cuántos Pablos conoces? Dentro de varios años recordarás al “chivo” pero no su nombre de “pila” (la pila no alude a la “pilila” ni a una batería eléctrica sino al bautismo en un “pilar” hueco, una piedra). Si la vaca hace “mú” y el que se calla y enmudece no dice ni “mú”, los chivos hacen “beee”. Por eso el “chivato”, el que se chiva y se va de la lengua, es un “cabrito” si es de pocos años y un “cabrón” si es algo mayor. Fíjate que los aumentativos se hacen con la “o”, que al ser redonda parece más gorda que la flacucha “i” de los diminutivos, pequeña como el meñique de un alfeñique: un cabrito, un cabrón (el acento cae en el sufijo realzando su sentido). Otra vez vemos que los sonidos tienen un poder simbólico. Los despectivos, como “casucha” se hacen con la “u”, que es la vocal utilizada para el “abuuuqueo” o la burla: iuuuuh! “tururú”.

En clase de lengua no se habla de eso, nos ponen unas frases y hay que analizarlas, que si el sintagma nominal o verbal, el sujeto y el predicado... ¿Para qué sirve la gramática?

En principio para tener ocupados a los gramáticos. Dime qué piensas de una oración como ésta: “El sol come manzanas de lluvia cuando se baña en un charco”.

Esa frase no tiene sentido, es un disparate.

Y, sin embargo, está construida de un modo “correcto”, conforme a la sintaxis. Eso no pasa con esta oración: “digo no allí si las perro una mierda”. Aquí no hay sentido tampoco, pero todo hablante percibe que la primera frase está “bien hecha”. Los poetas surrealistas exploraron esa posibilidad del lenguaje, llevarlo hasta

sus límites, estirarlo sin que se rompiera. Y, si lo piensas con atención, dicha oración, aunque no diga nada “lógico”, sugiere ciertas imágenes coherentes que existen en un estrato más hondo que el ocupado por la costra racional. El hombre civilizado, si rascamos el barniz externo, tiene todo un mundo subconsciente enterrado en su espíritu. Cuando decimos “el sol sale por oriente”, en rigor, usamos una frase como la anterior ya que el sol “no sale”. El lenguaje, cuya esencia es servir como depósito de la historia, conserva una cosmología antigua que hoy sabemos que es falsa sin que nos obligue por ello a modificar la lengua. El sol “sale” y se “pone”, aunque sepamos que no se mueve como lo hace la tierra.

Un amigo mío dice siempre que alguien “es más raro que un perro verde” y claro está que no hay perros de ese color.

Cierto, pero “un perro verde” consta de “artículo indefinido masculino + sustantivo masculino + adjetivo”. Desde un punto de vista “formal” la expresión es posible enunciada en la lengua aunque no exista en la realidad. La mente es capaz de forjar “mentiras”, fantasías que amplían el universo real como los espejos que duplican las cosas. Podemos decir muchas más cosas de las que hay en la realidad. ¿Existe Dios o es solamente una palabra que tapa nuestra ignorancia? Pero volvamos a la “sintaxis”. Déjame hacer un chiste, un mal chiste, pero chiste al fin y al cabo: ¿en qué se parece la gramática y un día de lluvia? Pues en que la gramática se estudia la “sintaxis” y los días de lluvia las paradas están “sin...taxis”.

Pues sí que es un mal chiste. Se parece a los de Chiquito de la Calzada.

Ya sea de ese Chiquito o de un chicarrón del Norte, me he sacado de la chistera el chiste para hacerte ver una cosa interesante. La palabra “taxi” es internacional, en casi todas las lenguas se entiende. Pues bien, esa palabra, de origen griego, significa “tasa”, es decir, la tarifa o arreglo entre el cliente y el taxista. De ahí pasa al sentido de “ordenar, disponer, arreglar, concertar”. La “sintaxis” es la ordenación o “arreglo” de las palabras según ciertas reglas. Si te digo “comido, patatas, he, yo” las reglas gramaticales que tienes en el fondo de tu mente te permiten arreglar esos miembros dispersos con este orden: “yo he comido patatas”. En cambio, un alemán diría: “yo he patatas comido”, separando el verbo auxiliar “haber” del participio. Se ha dicho que puesto que el alemán no permite entender la frase hasta que no se dice la última palabra eso facilita dejar hablar al interlocutor sin

cortarle, como haría un español que adivina el final. Tal vez sea un mera reflexión humorística, pero lo que es cierto es que el orden de las palabras revela en cierto modo el valor subjetivo que le damos e impone una cierta marcha al pensamiento. Si digo: “Ven a las doce” y “A las doce, ven”, en la última frase hago más hincapié en la hora de regreso a casa. Eso se debe a que cambio el orden habitual o normal de la oración (los retóricos llaman a eso “hipérbaton”) y pongo en el primer plano el límite horario.

Eso me recuerda el regateo de mi padre y mi hermano cuando quiere salir por la noche.

El “regateo” es una negociación, un tira y afloja, un toma y daca (dame acá), un movimiento pendular o zigzagueante (como el futbolista que hace un recorte al regatear) o la pugna de las piraguas en una “regata”, tan pronto delante la proa de una como luego detrás. Algunos dicen que “regatear” procede de “recaptare”, esto es, “volver a comprar” o “revender”. Sin embargo, también puede haber influido el verbo “regar”, pues la “regadera”, como la manguera, suele hacerse oscilar de uno a otro lado, mojando la izquierda y la derecha. En cualquier caso, el “regateo” forma parte de una estrategia, de una “táctica” y esa palabra tan deportiva - “táctica” - es de misma familia que “sintáctica” o “taxi. O sea, disponer o arreglar los peones, las piezas de un conjunto. El escritor, como el entrenador de baloncesto, usa también de una “táctica” para lograr un fin: divertir al lector.

Pues a mí me gusta más hacer deporte que leer un libro.

Vamos a ver: ¿qué es el deporte? Me dirás que es un juego que enfrenta a dos equipos y en el que se realiza una actividad física, corporal (jugar al mus o al ajedrez no es propiamente un deporte aunque podemos jugar con deportividad, con “fair play” o juego limpio). Pues bien, destriremos la palabra. En inglés “sport” es un préstamo del latín que tiene al francés como intermediario. ¿A qué palabra podemos acercarnos “deporte”?

A “puerta”, a la “portería” del fútbol.

Tienes razón. La raíz es “port” y el “puerto” de montaña permite pasar “por” - a través - la “puerta”, como el “puerto” de mar da entrada (im-portar) o salida (ex-portar) a las mercancías

“transportadas”. Pagamos los “portes” del transporte, “aportamos” bienes y nos “portamos” (o nos conducimos, de conducta) bien o mal. La ciudad de Oporto (o porto, el puerto) da nombre a Portugal. Y el gobierno nos puede “deportar” a una isla (si es ruso a Siberia, si es chino a Hainan y si es español a Fuerteventura, lo más alejado posible). De ese verbo “deportar” con el sentido de “traslado” viene “deporte”, que en principio es “distraer la mente”, cambiar de aires. Ya ves cómo el tiempo muda los sentidos “por no hacer mudanza en su costumbre”, que diría Garcilaso. ¿Qué te parece esta gimnasia verbal?

Si quieres que juegue con las palabras te diré que no hay que confundir la “gimnasia” con la “magnesia”.

Muy bien, pero si se “funden” o confunden alguna razón debe haber. En primer lugar tenemos “casi” una rima consonante: -asia/-esia. Las “rimas” arriman las voces y el “ritmo”, al asociar o juntar el final de las palabras, es un recurso para memorizar, como los nudos de los incas en las cuerdas. De ahí que las tablas “a-ritméticas”, como las estrofas, se aprendan con “ritmo”, con una cantinela. Por otro lado tenemos un baile de consonantes “g” y “m” (gimnasia) y “m” y “g” (magnesia). Es como si decimos que la “crítica” es “cítrica”. Este trastocar el orden se debe a que la mente se adelanta a la lengua, algo nada raro en palabras largas y con grupos consonánticos que no son fáciles de pronunciar. Este fenómeno ha dado lugar a cambios en muchas palabras, como hablar del “mur-ciélago”, cuando en realidad es “mur-ciégalo”, esto es, “rata ciega” (lo rat penat, en valenciano). Todos los “trabalenguas” - otra posibilidad de jugar con el lenguaje - se inspiran en la acumulación de fonemas idénticos, como “tres tristes tigres”.

DÍA CUARTO

Los poetas surrealistas decían que cuando el hombre quiso inventar algo para moverse buscó una cosa lo más alejada posible de las piernas. O sea, la rueda. Con la ironía pasa algo similar: decimos una cosa que está en el extremo opuesto de lo que pensamos. Ahora bien, si la ironía quiere ser efectiva, como una indirecta, debe traslucirse bajo el velo. Una ironía que no se comprende es ingenio malgastado. Los niños, y las personas bonachonas, son incapaces de comprender la ironía porque para ellos el lenguaje es la copia exacta y fidedigna del pensamiento. Pero la lengua no está hecha para pensar solamente sino también para disfrazar las opiniones o bien manifestar sentimientos, emociones. Fíjate cuando un obrero silba a una chica guapa y le suelta un “piropo”: “tía buena”. La chica no es “tía” (la hermana de tu padre o madre) ni es “buena” en el sentido moral (esa bondad se aviene mejor con la idea de estar “para comersela”). Y en cuanto a “piropo” pertenece a la familia de “pirómano”, “pira” o “pirita”, un mineral del que se obtiene el fuego rojo, como el “sofoco” (sub + focus, fuego bajo) o rubor (o sea, “rojo”, como la “rúbrica”) de la muchacha “piropeada”.

Eso de la “ironía” ¿es lo que se llama una figura retórica, como las metáforas?

Sí, los viejos tratados de poética y retórica las clasificaban y las hacían aprender a los escolares de memoria. Pero eso es como poner el carro delante de los bueyes. Primero es la metáfora, luego el estudio de la metáfora. Los escritores del romanticismo, además de defender la libertad en la política, también se negaron a que el arte estuviera encorsetado en reglas. Tenían razón en la medida en que la imitación de modelos conduce al “amaneramiento”, escribir “a la manera de”. Y siempre en los amanerados se descubre la mano que está detrás. Ahora bien, el escritor comienza siendo lector. Nadie puede ser un buen novelista si no ha leído muchas novelas ni poeta si no ha leído antes muchos versos. Unos logran tener voz propia, original, y otros son únicamente el “eco”. ¿Conoces la fábula de Eco y Narciso?

No, no la conozco.

Narciso era un hermoso joven que desdeñaba a sus amantes. Un día vio reflejado su rostro en un lago (sin espejos ni fotografías nadie se ve ni se reconoce) y se enamoró de sí mismo. Por eso, los narcisistas son lo que se gustan, los que están encantados de haberse conocido y se la pasan mirándose a sí mismos. Pero Narciso tuvo un castigo. La ninfa Eco se enamoró de él y constantemente repetía sus últimas palabras. Nada hay tan molesto como hablar y escucharse uno mismo. Si alguna vez te sucede esto al hablar por teléfono, que tus palabras son devueltas, comprobarás que ese “eco” te impide concentrarte en lo que dices. La fábula mitológica de Eco y Narciso podríamos calificarla de “audiovisual”. Eco es el sonido y Narciso la imagen. Ambos son el símbolo de la auto-complacencia, de la vanidad. El escenario es probablemente una cueva grande, lugar donde se produce naturalmente el “eco” y, además, hay lagunas subterráneas. ¿Te imaginas la sorpresa del hombre primitivo cuando se ve reflejado, doblado? Al ver a otra persona reflejada y comprobar que la imagen del espejo repite simultáneamente nuestros propios gestos logramos identificarnos, tener nuestra imagen corporal.

Mi abuelo me dijo que las “ecografías” se basan en el eco de ultrasonidos, como los radares que usan un procedimiento análogo al de los murciélagos para localizar obstáculos.

Así es, pero aún hay algo más curioso en esa palabra. La voz latina más cercana es “eccum”, conservada en el italiano “ecco”. Quiere decir “he aquí”, “esto es”, “aquí estoy”, un modo o manera de hacerse presente. Cuando entramos en una cueva (las manos pintadas en los muros señalan que están habitadas, como los carteles con el dibujo de un perro en las casas de campo) solemos gritar cosas como: “¿Hay alguien?” “soy yo”; en latín “eccum”, “ego sum”, “Eooo”. Y el eco al decir “eccum” o “ego” (yo) devuelve lo mismo, “eco”, “ego”, una forma plena que se guarda en voces como “egoísta” o “ególatra” y que en castellano ha evolucionado a “yo”. Ya ves que voces como “yo”, “yo-yó”, “yayo” o “yoya” (como llamaba un macarra de la telebasura al bofetón) dan cuerda para darle muchas vueltas a ese tirachinas que forma la Y con la pedrezuela de la “o”. Pero ahora partamos por la mitad “tuyo” y tú te quedas con tu “yo” y yo con el pronombre “tú”.

iVaya lío de pronombres!

Un poeta de la generación del 27, Salinas, dice en un verso

jugando con el tú y el yo “qué alegría más grande/vivir en los pronombres”. ¿Conoces la palabra “intuición”? Significa “mirar adentro” y viene del verbo latino “tueo”, del que deriva “tutor”, el que mira por los intereses de un menor bajo su “tutela”. Al decir “tú” sin duda clavamos la vista en la dirección de la persona “tuteada”, y aún podemos reforzar ese “tú” “indicando” con el “índice”, mientras que para señalar el “yo” se usa el pulgar sobre el pecho (ya ves que los gestos tienen también su “gramática” y un dedo sirve para hurgar en la nariz y otro diferente para hacer una “grosería”, que es una cosa muy “gruesa”, algo muy “gordo”, como las palabrotas).

Mi maestra dice que los “pronombres” sustituyen a los nombres. En lugar de Pablete puedo decir “yo” y en vez de Pablo digo “tú”.

Así es, pero te voy a hacer una observación. ¿Te has dado cuenta de que “yo” y “tú” se usan igual para el masculino o el femenino mientras que en la tercera persona hacemos distinción entre “él” o “ella”? Vamos a ensayar una posible respuesta a esa cuestión. Cuando yo hablo “contigo” te veo y tú me ves a mí. Los pronombres “tú” y “yo” suponen proximidad, cercanía. Sabemos si, para decirlo al modo de mi esposa, tenemos “piripicho” o “casita”, barba o senos. En cambio la tercera persona se refiere a una persona lejana, ausente. Si digo “es muy inteligente” podemos preguntar “¿él o ella?”. O si digo “destaca por su belleza” también podemos interrogar ¿él o ella? Claro está que para una visión “machista” la inteligencia será una virtud “viril” y la belleza una cualidad de la mujer.

Una pregunta: mi madre ¿es médico o médica?

La vida - según dice Vodafone - es “móvil” y el lenguaje también se mueve. Hace medio siglo las mujeres eran un bicho raro, como el ornitorrinco, en las aulas de las facultades universitarias. Pero hoy no es ya así. Siempre ha habido “maestras” y ahora hay “doctoras”, “ingenieras”, etc. Para eso tenemos preparado el morfema “a”. Por cierto, como se supone que esto es un diálogo, una conversación “oral”, las comillas no se oyen, salvo que pronunciemos con énfasis o cierto retintín la palabra entrecomillada. En general las comillas son como unas pinzas manuales (pulgar e índice) para atrapar palabras “sucias” como “cojones” o vocablos extraños de los “guiris”, como “stop” o “madame”. Antes he puesto comillas a “contigo”. Mi sobrina, cuando era pequeña y preguntaba dónde estaba, respondía: “Aquí

conmigo". Cada uno esta "consigo". Y mi hija le dice a su madre "quiero estar con tí ". Y, sin saberlo ella, desde una perspectiva histórica tiene razón. En latín "mecum" es "conmigo". La evolución fonética de "mecum" derivó en "migo", con lo cual no se reconocía en "go" la conjunción "con" y se volvió a añadir duplicando la partícula, que vendría a ser como decir "con-mi-con". Ya ves que en el lenguaje no todo es lógica y, por eso, nunca se podrá traducir mecánicamente salvo los textos "científicos" en los que no se usa un vocabulario sino una terminología "univoca". Lo "equivoco", ya se ve en "equi", como "equidad", "ecuación", "equis" de las quinielas, es lo que se llama (voco) igual y se presta entonces a confusión. Muchas "vocaciones" son "equivocaciones" tomadas en las vacaciones.

Ojalá no tenga que pasar las vacaciones de verano estudiando para aprobar en septiembre los suspensos.

El "suspensio", como el "suspense" de las películas de intriga, quiere decir solamente que se "suspende" o aplaza una decisión para más tarde. Claro está que entonces el suspendido no puede "vacar", vagar" y hacer el vago en vacaciones. Tiene que estudiar en "Julio", que es el mes dedicado a "Julio Cesar" (no Iglesias) y en Agosto (que es mes en honor de Cesar Augusto), de modo que al introducir esos dos nuevos meses, el mes de "septiembre" ya no es el mes "séptimo", ni "octubre" el "octavo", "noviembre" el "noveno" y "diciembre" el "décimo". Toda la serie del viejo calendario romano está descolocada, como en cierta exposición de arte vanguardista (una vanguardia que tiene ya un siglo de antigüedad) se ve a un reloj en el que el puesto de las "12" lo ocupa el 11 y las 12 está en la posición del 1. Esto produce un efecto de sorpresa, de choque visual e intelectual, como si se hubiese girado las horas conservando el marco.

De modo que antes de Julio y Agosto solamente había diez meses.

Sí, pero en el "verano" (la "Prima-Vera" está antes o primera que el verano) hacía el mismo calor que ahora, por más que se hable del cambio climático. Los revolucionarios franceses, queriendo borrar las huellas del pasado cristiano, cambiaron la semana de siete días ("semana" quiere decir "siete mañanas", los días de la creación del mundo) por otra de "diez días". El "decadí" sustituía

al “domingo” o el día “dominical” del “dominus” o “dueño” (el Señor) que domina en el “domus”, la casa o “domicilio”. Por supuesto, los campesinos no tragaron ese truco que les hacía trabajar tres días más y se dijeron “con la Iglesia se vivía mejor” y cierta región (la Vendée, unos carlistones a la francesa) emprendió una guerra contra el gobierno jacobino, que se llamaban así por reunirse en el convento de Saint Jacques, Santiago o Jacobo. Lo que no sé es porque se llama “sanjacobos” a ese “sandwich” de jamón y queso fundido (lo de “sandwich” se debe a un conde de ese nombre que para no dejar de jugar a las cartas se hacía preparar esos “bocatas”).

Bueno, ya es hora de acabar y dejar esta cháchara para mañana.

DÍA QUINTO

Bueno, vamos a seguir con lo que tú llamas “cháchara”, una voz que recuerda al baile del cha-cha-chá y a las chachas o criadas gárrulas, parlanchinas. “A-hora”, en esta “hora” vamos a hablar de los “horarios”. En la América de lengua española, como la urgencia es allá un concepto relativo y bastante flexible, se creó el “ahorita” y el “ahoritita” para dar prisa, “apremiar”. El “premio” es para el “primero” que llega.

Pues yo soy el primero... en salir de clase.

Pues “a mi plim, yo duermo en Pikolín”. Ésta era una frase publicitaria que anunciaba la marca de cierto colchón. “Plim” es una voz expresiva que parece reproducir un portazo zanjando una disputa: ¡plim-plám! En un libro encantador, cierto cazador llamaba a su perro “Prim” (como el general que trajo al rey Amadeo de Saboya) porque llamarlo “Zumalacárregui”, como el carlista, era muy largo y a un perro de caza hay que llamarlo con un golpe de voz, una sola sílaba: ¡Prim! Y Prim llegaba el primero a la cita con su amo. Los cazadores deben madrugar, levantarse a primera hora. En la evolución de la palabra “reloj” no se reconoce su origen latino “horologium”, de “hora” (tiempo) y “lego” (contar). Ahora, en los países desarrollados, se ha impuesto la costumbre de cambiar la hora en el verano y en el invierno para ahorrar energía. Sería tal vez más lógico cambiar los horarios en lugar de las horas adelantando o retrasando los relojes. En vez de comenzar a las “ocho” a trabajar podríamos comenzar a las “siete”. Sin embargo, esto supone un cierto impacto “psicológico” y se prefiere seguir entrando a las “ocho” (aunque sean las “siete” del sol). Creemos que al cambiar el nombre “siete” en vez de “ocho” cambia la realidad, igual que los “maestros” se hacen llamar “profesores” o los enfermeros “A-te-eses”, ayudantes técnicos sanitarios. Es un residuo de la mentalidad fetichista del hombre “primitivo”, que - ya lo habrás adivinado por la raíz “prim” - es el que vivió “primero” que los civilizados, los de la “ciudad” (la *civitas* latina).

Pues solamente los que viven en la “ciudad” tenían que estudiar

“Educación para la ciudadanía”. Yo vivo en la huerta.

No seas “hortera”. Aunque vayas en coche, y no a caballo, seguro que usas el baño de “caballeros”, el de los “hombres”. ¿Sabes cómo se llaman esas palabras, hombre y caballero, que vienen a decir lo mismo?

Sí, son los “sinónimos”.

Eso es. Pero debes darte cuenta de que con los sinónimos pasa algo parecido a los mellizos. Son “casi” iguales, pero siempre hay algo, un pequeño o minúsculo detalle, cualquier cosilla, que los distingue. Tú nunca escucharás decir que a alguien le ha mordido un “can”. Esa palabra la “ves”, se usa alguna vez en la escritura. Sin embargo, se habla de un hambre “canina”, de la “canícula” del verano (cuando sale la estrella de Sirio, llamada “la perrita”), de los “canallas” o algún pedante locutor deportivo habla del portero o guardameta como del “can...cerbero”, en alusión al perro mitológico de tres cabezas que guarda las puertas del infierno.

O sea, que “perro” y “can” dicen lo mismo pero no dicen lo mismo.

Lo has expresado muy bien, digan lo que digan los que identifican el lenguaje y la lógica fundada en el principio de no contradicción. No es lo mismo un “tubérculo” que “ver tu culo”. El orden de los factores sí altera el producto. Y también el distinto contexto o situación en que se usa un vocablo u otro. Se dice que Jesús era carpintero, pero hay que tener en cuenta que en aquel tiempo este oficio cubría también el de “herrero”, como pasa en las aldeas pequeñas en las que un comercio vende de todo porque el mercado es reducido. Al crecer viene la especialización, el reparto de las tareas. Los sinónimos doblan los nombres. Esto parece, a primera vista, una tara, un defecto del sistema que es una lengua que se ve sobrecargada de una forma poco “económica”. Sin embargo, desde otro punto de vista la sinonimia tiene su justificación racional. En la zoología la cola del pavo real parece una adorno inútil que le hace difícil volar y escapar de algún depredador. Ahora bien, la cola atrae a las hembras, favorece la reproducción y con eso basta. Los sinónimos evitan la monotonía, la repetición, hacen más variado y diverso el discurso. Además, como hemos dicho, la sinonimia nunca es absoluta y permite establecer matices, detalles, como un carpintero-herrero que debe

elegir entre dominar mejor el trabajo de la madera o el del hierro, o el caso de un filólogo que puede inclinarse más hacia la lingüística o la literatura. Si la palabra “axila” (de la misma raíz que axioma o “axe”, esto es, “eje”, pues la axila al extender y levantar el brazo hace de gozne giratorio) no tuviera como sinónimo “sobaco” no se podría formar derivados como cenar de “sobaquillo” (con el panecillo bajo el brazo, como dicen que vienen los niños al mundo).

Otra cosa que dimos en clase es la “polisemia”.

Tú sabes que un “polideportivo” es un lugar donde se practican muchos deportes y un “políglota” alguien que habla varias lenguas. El prefijo griego “poli” significa “muchos”, como las “polis” o ciudades-estado de Grecia que se esparcieron como el polen por las costas del mediterráneo. La voz “polisemia” indica que una palabra tiene varios sentidos. Por ejemplo: la “regla” puede ser un instrumento con marcas “regulares” para medir una longitud o también un estado de la mujer que “regularmente” tiene un ciclo de ovulación (supongo que en el colegio te darán clases de educación sexual y no como en mi época en la que eran los perros “callejeros” quienes nos enseñaban la biología reproductiva).

También “novillos” puede referirse a cuando un escolar no va a clase o a los toros “nuevos”, las crías de las vacas que todavía no han llegado a la madurez.

A los “novillos” (cuando los chicos se iban de capea furtiva) se le puede llamar también “pirola” (me las piro, me voy). De modo que aquí tenemos un ejemplo de sinónimos y también de polisemia. Hemos dicho que la sinonimia iba en contra de la economía del lenguaje, de la “ley del mínimo esfuerzo” que elimina en la lengua todo lo innecesario para la comprensión (el “profe”, el “cole” son voces que se pueden acortar sin crear confusión). La polisemia, por el contrario, equilibra esa falta de economía. Una sola palabra puede ser usada en distintas acepciones, de modo que se “ahorran” vocablos. Es el contexto, la frase, la que nos revela el sentido correcto. Muchos chistes se basan precisamente en este doble sentido que tienen algunas palabras provocando malentendidos. “Le vendo un caballo”.- ¿Y para que quiero un caballo vendado”.

Una vez al oír en valenciano “qui escura” yo dije que “el abuelo” es... cura.

Otro chiste parecido es el de “aquell que diu...” que un hombre entra en una pajarería y pregunta “si es-cara la ca-ca-túa”. Y el vendedor replica que no habla vasco. O ese otro que dice que uno está con “gonorrea” y responde que cuando termine de hablar con ese señor vasco volverá. Los pueblos vecinos se burlan unos de otros. La palabra “bárbaro” imita la forma “balbuceante”, de “bobo”, del que no habla bien nuestra lengua, “barbotea” las palabras y significaba para los griegos “extranjero”. En español decimos “parlar” con un sentido despectivo mientras que los franceses emplean “habler” con la misma intención. Del mismo modo cuando un castellano dice “collons” le parece no haber dicho lo mismo que si hubiera pronunciado “cojones”. Las palabrotas, cuando no hay la intención de rebajarlas usando una lengua extraña, suelen salir espontáneamente de la boca en la lengua materna. Un futbolista holandés expulsado en un partido alegó que nunca le hubiera dicho al árbitro “hijo de puta” en español.

Además de estudiar castellano, debemos aprender valenciano e ingles ... imenudo cacao!

Los lingüistas han catalogado aproximadamente unas tres mil lenguas en el mundo. Alguna de ellas ha desaparecido hace apenas un siglo. Una lengua de los Balcanes “murió” como lengua viva cuando se murió la única persona que la hablaba, claro está que debía hablarla consigo misma, pensando, tan pronto como se murió la penúltima persona que la conocía. Un hombre puede hablar dos lenguas, pero un pueblo jamás. ¿Para comunicarse consigo mismo? Pero desde siempre las lenguas han estado en contacto y el predominio de una sobre otra no se debe a razones internas de la lengua sino a circunstancias sociales, políticas, económicas. En España se hablaba latín, pero eso no quiere decir que la gente de los pueblos conquistados no hablara su propia lengua. Tácito nos cuenta una anécdota de un campesino ibero que dio grandes gritos “en su lengua nativa”. Este hecho es muy importante para la evolución del latín a los romances.

¿Por qué? ¿Me lo puedes explicar?

Cada lengua tiene unos hábitos articulatorios, unos movimientos de los músculos que intervienen en la fonación o

producción de sonidos. Cuando hablamos una lengua extraña, una lengua que no es la de nuestras entrañas, tenemos que adoptar unos movimientos aprendidos nuevos. De ahí que al hablar mucho tiempo una lengua distinta suframos un cansancio “físico”. Piensa cuando en francés se pronuncia “ü” y se deben poner los labios abocinados como si se fuera a pronunciar una “u” pero sale una “i”, que es una vocal anterior, prepalatal. ¡Y eso cansa! Pues bien, cuando uno habla una lengua que no es la suya tiende a infiltrarle unos hábitos propios de su lengua materna y esto es la causa de que la lengua cambie. Vamos a suponer un ruso que aprende castellano de un catalán con acento cerrado. Seguramente la “e” la hará algo más abierta y casi sonará como una “a”. A eso los lingüistas lo llaman “sustrato”, es decir, la capa o estrato de abajo y es la causa de que el gascón y el español, por influencia del vascuence, hayan perdido la “f” inicial latina, primero aspirada y luego desaparecida. El filósofo Ortega, haciendo un juego de palabras, habló del “hacha de la hache” porque la “h” de hijo (<filium) hizo de cuña que separó el dialecto leonés al oeste del aragonés y catalán al este.

Sería más fácil que todos hablásemos una sola lengua para entendernos.

En la historia los pueblos dominantes, ya sea por su cultura o por las armas, han hechos de sus lenguas propias el medio de entenderse en un ámbito internacional. Cuando el latín dejó de hablarse los sabios seguían comunicándose en cartas escritas en la lengua de Cicerón. En el renacimiento la lengua de la diplomacia era el italiano, llamado “toscano”, y el castellano es la lengua común de catalanes y vascos en España y de yanomamis o guajiros en Venezuela. En el siglo XIX la lengua de la ciencia era el alemán y hoy es el inglés, más por el poder de las antiguas colonias americanas que por la metrópoli británica. Y para el comercio se han creado lenguas “francas” (“francos” llamaban los árabes y bizantinos a todos los cruzados), una especie de mezcla o mezcolanza similar al “spanglish” de Puerto Rico o al “pidgin” (deformación de “bussines”) una lengua chino-inglesa usada para los negocios.

En la catequesis nos explicaron que los hombres comenzaron a hablar en distintas lenguas como un castigo al querer construir la torre de Babel.

En cierto modo la “variedad” de la “varias” lenguas se parece al uso de distintas “varas”, de “variedad” de unidades de medidas. El sistema métrico decimal, como la moneda única, es una ventaja

en cuanto a la uniformidad y racionalidad. Ahora bien, el cuerpo o constitución física de una china no es igual al de una polaca y el tallaje de la ropa no puede ser tampoco el mismo. La variedad de las lenguas, como el uso de yardas o leguas, es también una riqueza aunque presente los mismos problemas que un propietario que debe mantener los gastos de varias casas. Fíjate que la construcción de la torre de Babel es una “obra pública” internacional, como la construcción del canal de Suez o Panamá donde hubo obreros chinos, suecos, alemanes, etc. ¿Cómo entenderse trabajadores de tantas nacionalidades? Seguramente el capataz debía usar las manos, el dedo índice que “indica”. Quizás “decir” (latín *dicere*) tiene la misma raíz que “dígito” y quería decir en principio “señalar” con el dedo. Los carteles no hablan, pero “dicen” cosas.

Me parece que las distintas lenguas son como las distintas casas: en el País vasco caseríos, en Andalucía cortijos, en Galicia pazos.

La comparación es muy buena. Las casas se deben adaptar al clima, a la geografía. Los hórreos gallegos tienen unos pilares altos para evitar la humedad y en el Pirineo el techo es de pizarra para que resbale la nieve. Las casas de los países árabes tienen pocas ventanas externas para que no entre calor y cuentan con un patio interior, más fresco. Y con la cocina pasa lo mismo: el frío favorece el uso de las legumbres, con muchas calorías; el calor tropical hace necesarios los zumos de frutas. Y en cuanto a los instrumentos de comer, los chinos usan palillos porque así todo el metal se destina a las espadas de los soldados, una función primordial para un gobierno imperial que gobierna mediante la fuerza. Cuando se dice “en casa del herrero cuchillo de palo” no se cae en la cuenta del sentido profundo de la frase: quien fabrica las armas no puede tener las llaves de los armarios que guardan las armas. Al pueblo hay que desarmarlo de modo que solamente puedan dar a los señores como mucho palizas con palos.

Pues mis padres me dan la paliza y la vara para que estudie y saque buenas notas.

Quien tiene cien euros puede comprar mas cosas que quien tiene veinte y con cinco mil palabras se pueden expresar más ideas que con solamente trescientas. El estudio nos enriquece, nos da más ladrillos y más cemento para edificar nuestra casa, más litros de gasolina para viajar. Claro está que la mejor salsa para comer es el hambre. La instrucción nos da los medios, los recursos, pero no los

finés. Debes sentir ese hambre, el deseo de aprender. Por ejemplo ¿has pensado alguna vez como se inventó la escritura fonética? Hoy un niño de apenas seis años sabe leer, pero llegar al análisis lingüístico que culmina en las letras fue un proceso que se desarrolló durante muchos siglos.

Creo que la primera escritura fueron los jeroglíficos de Egipto.

Los jeroglíficos egipcios, como los ideogramas chinos, “pintan” las ideas. Por ejemplo, una casa dibujada significa casa. En hebreo la primera letra “alef” es cuadrada porque el nombre de “casa” empieza por esa letra. Sin embargo, ya te darás cuenta de que con ese sistema, si cada idea debe tener un signo independiente, éstos se multiplican y se hace difícil aprender a escribir salvo para una minoría de escribas entrenados. Esto fue lo que ha “paralizado” en buena parte la civilización china respecto a la ciencia de los europeos. Pronto los ideogramas necesitaron hacerse complejos, añadir matices. El ideograma chino de “paz” es un techo y el esquema de una mujer (todo casado, con casa, sabe lo que es la “paz doméstica”). Con el tiempo en Egipto la escritura de los jeroglíficos se simplificó, se hizo “demótica”, popular. A la idea se añadió un esbozo de la escritura fonética, con sílabas, como cuando dibujas un pie y un dra-gón para decir “pie-dra” o P2 para una ventosidad.

¿Cuándo nace la escritura fonética?

En un grabado de Sudáfrica de hace unos cinco mil años un guerrero dispara una lanza sobre una gallinácea y “lanza” al aire un grito de júbilo al acertar. Lo que nos interesa es que ese grito viene representado por una serie de trazados discontinuos, como las pisadas o huellas de un animal en el barro. De modo que el dibujante ha captado que el lenguaje está hecho con piezas separables. En los viejos discos de vinilo a veces se escuchaba “Dos gardenias para ti-ti-ti-ti”. Se había “rayado” el surco y la aguja del tocadiscos no avanzaba. Del mismo modo un tartamudo se atasca y dice ca-ca-ca-ramelo. O cuando comenzamos una frase y nos quedamos cortados porque no recordamos algo: “Ese cuadro es de ... ¿cómo se llama ese pintor que dibuja los cuerpos alargados?”. Todos esos indicios nos indican que el lenguaje está formado por unidades contables, discontinuas. Vamos a hacer un poco de “estructuralismo”. Yo digo: “Yo bebo ...” y tú completas.

Yo bebo agua.

O bien “yo bebo vino”, o “yo bebo cerveza”, etc. Hemos separado tres distintas unidades posibles, tres palabras que pueden ocupar el mismo puesto en una estructura formal: “agua”, “vino”, “cerveza”. Cualquier persona, sin saber mucho de su lengua, y a poco que reflexione, puede partir “cerveza” de una manera intuitiva en tres partes o sílabas: “cer-ve-za”. Piensa en una película “mal doblada” del inglés al castellano. Se nota porque hay un “desfase” entre los movimientos de la boca y los sonidos. Al hablar necesariamente tenemos que movernos entre dos extremos opuestos: la boca cerrada (oclusión hermética) y la boca abierta. Si representamos la sucesión o grados de apertura de la boca obtenemos como una función matemática, una onda cuyos puntos altos son las vocales, los núcleos de las sílabas y los puntos de inflexión son los cortes silábicos, por donde corta la tijera. El primer paso en el análisis fonológico es la sílaba. Las escrituras antiguas comenzaron siendo silábicas (en hebreo antiguo solamente se escribían las consonantes, luego se añadieron las vocales y un error llevó a llamar Jehová a Yahvé). El último paso es percibir que “pa” y “pe” tienen un parecido, pero lo único “sonante” es la vocal. Las “con-sonantes” no suenan aisladas, son una pura abstracción mental desligadas de su bastón o apoyo vocálico. Los fenicios (Fenicia es el mismo nombre que Palestina, evolucionado en sus sonidos) tomaron el alfabeto (alfa-beta) de otros pueblos y los griegos de los fenicios y los latinos de los griegos crearon su “a-be-ce-dario”, añadiendo al final letras que no tenían como la “y” griega (que ahora se puede llamar “ye”). Como el orden es algo arbitrario, algunos lingüistas han dicho que “elemento” viene de la sucesión “ele-eme-ene”. Una cosa que desconozco es por que decimos al nombrar las letras “te”, “be” “che” en vez de “ta”, “ba” o “cha” o cualquier otra vocal. En la lengua hay todavía muchas cosas por investigar y seguramente descubrir la razón última nos llevaría a conclusiones inesperadas.

Cuando nos enseñaban a leer usábamos “silabarios”.

Sí, el número de fonemas de las lenguas oscila de veinte a cuarenta, y el de sílabas es bastante mayor, pero abarcable. En cambio la “combinación” de sílabas (“com-binar” se relaciona con “binario” y “bis”, o sea, “juntar de dos en dos”) origina infinidad de palabras distintas, muchas de las cuales no están en el

diccionario. Al leer una palabra desconocida lo hacemos silabeando, pero cuando la hemos leído varias veces nos adelantamos, intuimos el final porque tenemos de ella una visión global que nos permite reconocerla de golpe, de una sola mirada. Algunos han querido enseñar a leer partiendo de ese método “global”. Se enseña la imagen de una mesa y la palabra “mesa”. Después cuando se reconoce ésta se realiza el análisis en “me” y “sa”, y luego en el “ma”, “me”, “mi”, etc., que evita la típica confusión infantil de “la eme con la a “emea”. Ese método global se parece a los pictogramas en cuanto que es “espacial” y no “temporal” como cuando leemos por sucesión de sílabas. Uno es como cuando desde la cumbre de un monte vemos todo el valle y otro como cuando recorremos una costa dibujando en un mapa su trazado.

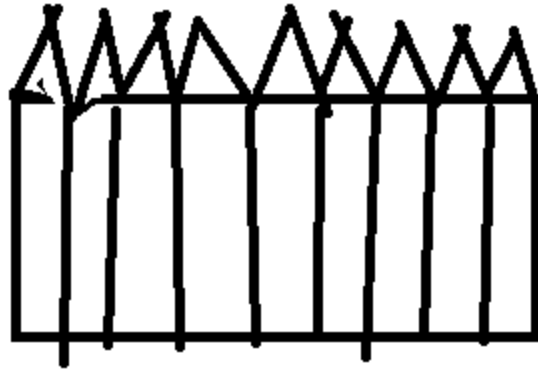
Ahora que hablas de montañismo me recuerda a las excursiones que hacíamos antes con “a peu pla”.

En realidad, no eran con el “pie plano”, pues muchas veces debíamos arquearlo, “doblarlo” en arco (aunque no se partía en dos, como al “doblar” y romper la rama) para trepar por las rocas abruptas, fuera del “curso” del camino. Eso es una ex-cursión, salir del terreno trillado, todo lo contrario de una in-cursión. Fíjate en la palabra “alpinismo”. No decimos “andesismo” o “apeninismo” o “pirineismo”. ¿Qué deducción histórica sacas de ese hecho de lenguaje?

Pues que los primeros “montañeros” subieron a los Alpes.

El poeta Petrarca, cuando vivía en Avignon, fue uno de los primeros “alpinistas”, los que subían al monte como una diversión o deporte y no por la necesidad de atravesar un paso para descender al otro lado.

Unos lapiceros se llaman “Alpinos” y la punta parece el pico de una montaña. Mira este dibujo:



Esos palotes o lapiceros parecen una “empalizada” de palos, una “valla” o valladar. En latín la palabra “vale” que se pone al final de las cartas significa “salud” (como está al final toma el sentido de “basta”, vale). Pero además de “salud” tiene la significación de “fortaleza”, “valor”, “valiente”, “Valencia” (como las ciudades que se llaman así) o “fuerte” (el “enfermo”, infirmus, es el que no está firme, el que no se sostiene). Los fuertes con vallas se situaban en el centro de los “valles”, con los montes como “vallas”, para controlar militarmente la región. Ahora imagina esa empalizada como una “cerca” en forma de “circo” o “círculo”. Si miras desde dentro hacia las puntas de los lápices Alpino te “acercas” a la visión de estar cercado en un “valle”. ¿Vale? Pues bien, si de un valle pasas a otro valle, o sea, “entre-valles”, lo que cruzas es un “inter-valo”. En matemáticas el “intervallum” se representa con una curva encima, como un puente.

Veo que estudiar la lengua puede enseñar muchas cosas que no son de la clase del lenguaje.

No hay nada en la vida del hombre que no quede registrado en su lengua como no se puede caminar sobre la arena sin dejar la marca del pie. El lenguaje es un enorme depósito donde se guarda todo lo que concierne al hombre. Las palabras vuelan, son aire que va al aire y se deshacen sus sonidos cuando desaparece la imagen acústica de la memoria del oyente. Sin embargo, cuando la palabra queda escrita, entonces deja su “huella” como el “hollín” del carbón. Piensa, por ejemplo, en esta frase hecha: “Quien tiene

tienda que la atiende". ¿Qué conclusiones históricas podemos sacar de ella?

Bueno, pues que el tendero debe atender a los clientes en la tienda.

Cierto, pero podemos aún "ex-tendernos", ver hacia dónde "tiende" esa palabra, cuál es la "tendencia" o dirección de su raíz. Las "tiendas de campaña" se tienden, como el tendadero, con cuerdas tensas. Y se llama "campaña" a una acción de publicidad (las campanas cuelgan en los campanarios del campo). Eso nos revela que las primeras tiendas no son locales sino "tenderetes" que se montan y desmontan, venta ambulante que va de un mercado a otro mercado, de pueblo en pueblo, "peregrinan" (de per + aeger, cruzar "agros" o campos). La voz "parada" designa la tienda que se "detiene" en un puesto y en Venezuela "parar" es "levantar", como se levanta la carpa del circo ambulante. La voz "deambular" o "ambulancia" nos indican "movimiento" (especialmente circular, de ida y vuelta) y, por tanto, los "ambulatorios" vienen a ser como hospitales de campaña en pleno campo de batalla y que se pueden transportar para atender a los heridos en una guerra. La raíz "amb-" significa "rodear", como hacen "ambos" brazos cubriendo un "ámbito", haciendo "ambages" o aspa-vientos (como los brazos del molino). Y quien pretende extender su "ámbito", su espacio natural, es un "ambicioso". La mayor parte de las guerras tienen su origen en intereses comerciales de los "tenderos" que extienden su negocio y chocan con otras potencias comerciales.

DÍA SEXTO

Bueno, ya vamos por el sexto día en nuestras conversaciones. Si fuera la hora “sexta” de los romanos haríamos la “siesta”, pues tal es el origen de esas “cabezaditas” más o menos largas que se hacen en la tarde. Vamos a seguir hurgando en los vocablos para encontrar alguna trufa oculta. Tomemos la palabra “sueño”, del latín “somnium”. Podemos suponer que se trata de una palabra compuesta con las raíces de “sumir” (hundir, como en el “sumidero” o desagüe) y “nous”, que en griego es “entendimiento” y puede enlazarse con el verbo latino “neo” cuyo sentido es “hilar, tejer”, visible en “inter-net” o “entre-red” (además de que las Parcas tejen nuestra vida y que cortar el hilo es morir, también se pierde el hilo del razonamiento). Entonces el “sueño” es la “caída o hundimiento de la consciencia”. Veamos ahora el verbo “dormir”. ¿Cómo crees que dormían los primeros hombres?

Pues como ahora, tumbados, echados, acostados en el suelo.

Para “tumbarse” en una “tumba” se debe estar muerto (el sueño es como una muerte repetida cada día). En frances (o catalán) para caer se usa el verbo “tomber”. Decimos “caer” en el sueño. Eso quiere decirnos que los primeros hombres, como los niños, tenían miedo a dormir, se resistían y, sentados, con el puño sosteniendo el mentón, acababan por rendirse, “caer” inclinados hacia delante o bien de lado. Las canciones o nanas infantiles aún recuerdan ese miedo atávico: “Duérmete niño, duérmete ya, que si no duermes el coco vendrá...”. La raíz de “dormir” puede emparentarse con la raíz “torm” de “tormento” (un instrumento de “tortura” torciendo, retorciendo los miembros con una rueda). La raíz “tor” nos da “tornar”, “tornillo”, “turno” (giratorio). O sea que “dors” (duermo) podría equivaler a “cabeceo, me inclino”. Por supuesto, esto es una hipótesis indemostrable aunque plausible. Esta “teoría” podría arrojar alguna luz sobre los gestos de afirmar moviendo la cabeza hacia delante o negar moviéndola de izquierda a derecha. El sueño ha sido siempre un estado en el que los hombres entran en contacto con los ángeles, los mensajeros de Dios, el momento en que durante esa frontera entre la vida consciente y la vida orgánica tenemos “revelaciones”. El hebreo José interpreta los sueños del faraón y el judío Freud escribe un

libro para interpretar los sueños como la manifestación onírica del subconsciente. En la biblia aparece un juego, o mejor aún, una manera de interpretar la voluntad de los dioses a una respuesta “sí o no”. Se llama *urim y turim* y, aunque no se detalla su mecanismo recuerda a esas pajas que se arrojan al azar y según su forma de caer se deduce la voluntad divina. Pues bien, caer en el sueño hacia delante puede representar la “afirmación” (un sí “firme”, como una firma) y cabecear de lado la “negación”. En latín “necare” es matar y la muerte es la “negación” de la vida. En francés “necare” da “noyer” o “ahogar” y en castellano “anegar”.

Casi me duermo escuchando una explicación tan larga.

Entonces voy a “re-cordarte”, un verbo que significa “volver a pasar por el corazón”, el órgano *cordial* en que los antiguos situaban la memoria. En el pasado “recordar” quería decir “despertar”, como en las coplas de Jorge Manrique: “Recuerde el alma dormida/avive el seso y despierte...”. Pero dejemos la historia y vamos al presente. Podemos hablar de un pasado próximo y otro lejano, pero cuantos tiempos “re-presentan” al “presente”?

Uno solo, sea en indicativo o subjuntivo.

Así es, pues el presente “en un punto es ido y acabado”. Apenas digo “yo voy” ese “yo” se ha ido “ya”.

Muchas personas, cuando no saben hablar en una sala de consulta con desconocidos, hablan del “tiempo”, que si hace bueno, que si llueve o hace frío.

Eso no compromete a nada, nos mantenemos en la superficie sin ahondar. El “tiempo”, como duración, se mide por el movimiento de los astros, que provocan las cuatro estaciones, cada una con su “temperatura” normal, con su “tiempo”. Cuando pido agua del “tiempo” quiero decir a la “temperatura” del ambiente. En el lenguaje o en la moral pasa algo parecido: uno se regula por el medio. Entre gente deshonesta, o bien sufrimos, o nos “acomodamos” y relajamos nuestra conciencia, teniendo manga ancha. Y tendemos a hablar según las personas que tenemos alrededor. Si vives entre malhablados hablarás mal. Por eso debes frecuentar lo mejor, quienes hablan bien y quienes escriben bien, pues siempre algo se pega y “quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”.

¿Qué consejos me puedes dar para escribir bien?

Como dice Machado con una paradoja digna de las de Chesterton o Bertrand Russell: “Doy consejo a fuer de viejo/nunca sigas mi consejo”. La mejor forma de escribir es decir lo que se debe decir y de la manera más adecuada al asunto. Unas veces se precisará ser cortos, “lacónicos” (ésta es una región de Esparta que inventó en sus mensajes el “telegrama”, o los SMS de la época). La frase más expresiva de ese estilo nos la dejó escrita Julio Cesar: “Llegué, vi, vencí”. Azorín es un maestro del estilo sencillo, la cosa más difícil, que es parecer fácil y no serlo. Otras veces se necesita subordinar unas frases a otras, juntar floripondios en una jerarquía de oraciones consecutivas cuya longitud exige tomar aliento y respirar hondo para alcanzar el punto final como quien corre la maratón. No siempre es el estilo más acertado y, si no se tiene un buen dominio y conocimiento del lenguaje, mejor es abstenerse y dar pasos cortos, breves, medidos. Antes de correr debemos saber andar. Siempre es mejor callar y parecer tonto que hablar y demostrarlo. El silencio es una cualidad común a todas las lenguas. Un alemán calla igual que un francés o un español.

¿Pero el silencio forma parte del lenguaje?

En realidad el habla es una cadena de sonidos, pero éstos pueden, como las imágenes del cinematógrafo antiguo basado en la sucesión de fotos estáticas (filminas) decirse con mayor velocidad o de un modo más lento. En el cine cómico la aceleración de las imágenes (se necesitan “X” por segundo para ver un movimiento “natural” y x+1 acelera y x-1 retarda) se puede comparar a una persona que lee una oración muy deprisa. Del mismo modo se puede leer esa misma oración en “cámara leeeeentaaa”. Una lengua extranjera nos parece siempre que se habla de un modo demasiado veloz porque no nos da apenas tiempo a captar de golpe el sentido, a menos que la dominemos. En la escritura dejamos un “espacio” en blanco para separar las palabras y podemos dictar “despacio”, palabra por palabra, dejando un breve silencio entre un vocablo y otro. Pero lo normal es que la cadena de sonidos sea ininterrumpida y el espacio en blanco de la escritura sea una mera convención que a veces presenta complicaciones: ¿se dice saca corchos o “sacacorchos”? ¿por favor o porfavor? Esta continuidad temporal permite realizar juegos de lenguaje basados en la continuidad espacial. Por ejemplo: “noempujenlosdeatrás”. Esta frase podría ser tan válida como

cuando decimos de alguien que es un “correveidile” (corre-ve-y-dile) o que el columpio hace un vaivén (va y ven).

¿Puedes hacer otros juegos?

Sí, por ejemplo en esta frase: “p rdon n la h lga de v cales”. Cualquiera puede completar las vocales huelguistas de la oración para decir “perdonen la huelga de vocales”. Si digo “a arillo” solamente es posible la “m”. En cambio si digo “pal..” puede ser “palo, pala, palillo, paleta”. Cuanto más probable es un sonido en una posición menos información nos transmite ya que se da por supuesta. Esto permite acortar “colegio” en “cole”. Por el contrario, cuanto menor es la probabilidad mayor información nos da el elemento ausente. Si trasladamos este principio al estilo literario es evidente que en los versos de este romance: “los peces daban gemidos/por el mal tiempo que hacía”, unir peces con gemidos sorprende, es un verso original, innovador, casi lorquiano, surrealista. Pero eso de “por el mal tiempo que hacía” es prosaico, vulgar, del lenguaje común. El estilo consiste en pequeñas erosiones que hacemos a la gramática, como cuando Quevedo se inventa eso de “soy un fui, un es y un seré cansado”.

DÍA SÉPTIMO

Al séptimo día Yahvé descansó. Nosotros vamos también a descansar, como ese descansillo que existe en los rellanos de las casas altas para tomar aliento y seguir subiendo los peldaños.

Yo también voy a jugar: “cuantos más años, más peldaños, más daños y menos engaños”.

No está mal el doble “pareado”, que debe ser “par” como “parir” es hacer de uno - la madre - la dualidad de dos seres (las mujeres tienen dos senos, sin contar con la estética simetría, previendo el caso de “gemelos”, como los coches tienen una rueda de repuestos). Y con el parto viene el reparto en partes, la partición o di-visión (o sea ver dos, visión doble) de la herencia del padre, pues el “patrimonio” no es igual que el “matrimonio”. En Venezuela, con humor machista, se dice que la “casada” es la mujer, la madre.

Otro juego con palabras es la “sopa de letras”.

La sopa de letras “real”, la que se come con la cuchara, contiene letras de pasta formadas con un molde. El “molino” muele y la masa “mol(i)da se “moldea”. Está claro que en el caldo de la sopa las letras “bailan”, se mueven como los bailarines en un salón. Esas letras se inspiran en los tipos móviles que usó Gutemberg cuando “reinventó” la imprenta (los chinos ya la conocían muchos siglos antes). Ahora fíjate que si alguien tiene mucho dinero decimos que tiene “pasta”. Ya no pensamos en los ricos “hacendados” (como la marca de mercadona, que juega con “mercado” y “dona”, o mujer) que poseen muchos pastos para su ganado. También al dinero se le llamaba en jerga “lana”, por la misma razón que en latín “pecunia” o “ganado” (pécora es la oveja) quería decir dinero. Hoy ya no se entiende lo de “lechugas” porque ya no hay billetes verdes de mil pesetas. En cualquier caso, el juego de la sopa de letras consiste en encontrar una palabra oculta entre muchas letras. Se parece al juego de “¿dónde está Willy?”. Para esconder algo lo mejor es que no destaque, que se meta en una muchedumbre de cosas parecidas. Un negro entre blancos se reconoce. En cierta novela policíaca de un cura detective (el padre Brown, de Chesterton) se dice que el mejor sitio para esconder un cadáver es... “en un cementerio”. A veces yo he pensado que la mejor manera de no ver a Cristo es ocultarlo entre una multitud de cristos crucificados en muchas iglesias, hoy casi vacías porque quien debe moverse es el mundo y no los eclesiásticos.

También está el juego del “ahorcado”. Poner tantas rayitas como letras y adivinar la palabra diciendo al azar las letras.

Ese juego es bueno para refrescar el vocabulario, tanto el activo (el que usamos) como el pasivo (el que conocemos de oídas pero no lo empleamos). Cuando yo lo hago con mis alumnos les recuerdo que las vocales son las primeras letras que nos dan una pista y entre ellas la “a” es la que más veces aparece. Una vez perfilado el esqueleto, el armazón, es más sencillo rellenar los huecos sabiendo que en ciertas posiciones solamente pueden darse unos fonemas y nunca otros. Esa táctica es la misma que se practica en las aperturas del ajedrez. Se debe comenzar moviendo los peones del rey o la reina y los caballos, para dar salida rápida a las piezas más efectivas en la primera parte del juego. Mover los peones de las torres sería una solución tan mala como decir en el

juego del ahorcado la “w” o la “k”, unas letras que no hace falta ser filólogo para sentir las extranjeras. La palabra “kiosko”, de origen turco, se tiende a latinizar en “quiosco” y la “k” solamente se conserva en abreviaturas como Kg. o Km. Precisamente por ser rara o extrañas los grupos marginales la usan, como en “okupa”.

A los juegos del lenguaje podemos añadir el de la “güija”, esa forma de comunicarse con los muertos que practican los espiritistas.

El análisis de ese juego esotérico nos va a enseñar muchas cosas sobre la relación entre la psicología y el lenguaje. Tenemos en una mesa distribuidas en círculo o elipse todas las letras del abecedario. En medio un vaso del revés sobre el cual todos los participantes apoyan la punta del dedo índice. Si hay muchos, sin apenas darse cuenta, ejercen una leve presión y se forma un juego de fuerzas. En física aprenderás cómo se componen las fuerzas en cuadriláteros y la resultante es la diagonal que señala la dirección del movimiento. Pues bien, el vaso se mueve sin que en apariencia lo mueva nadie. Como al principio no se sabe qué palabra dirá el “espíritu” el vaso da vueltas y vueltas hasta que por cansancio se detiene, digamos en la letra “p” (pasa lo mismo que en el cese de los aplausos: unos dejan de aplaudir y pronto esa dejación se transmite a los demás). Ahora, de forma inconsciente, todos los participantes saben que después de una “p” puede venir una vocal o una “l” o “r”. El número de posibilidades se estrecha y el vaso tarda menos tiempo en detenerse, pongamos que en la “a”. Ya tenemos “pa” y la mente de cada cual comienza a pensar en “palo”, “paco” “paquete”, etc. Si por azar el vaso pasa por la “n” y una mayoría de personas creen que “pan” es la respuesta del espíritu el vaso se detiene en ese punto. El “espíritu” ha hablado.

Otra forma de jugar con el lenguaje es inventar una lengua o bien crear mensajes secretos.

El esperanto, creado por un doctor polaco, fue un intento de crear una lengua artificial de carácter universal. Ahora bien, olvida que una lengua, una vez que es hablada, evoluciona y se escapa de las manos de su creador. Y como se trata de una lengua “artificial”, hablada poco y por personas que se comunican normalmente con su lengua natural con sus compatriotas, es estática y no se adapta a las nuevas necesidades surgidas de la vida comunitaria. Cada

grupo o bien evoluciona por separado y se da una ruptura de esa lengua “universal” o bien se queda confinada en una lengua “marginal”, como las jergas. El esperanto no tiene esperanza de sustituir a las lenguas vivas, orgánicas. En cuanto a los lenguajes secretos los hay fáciles de desentrañar o muy difíciles.

Uno fácil sería usar una sola vocal, como al decir “Farnanda satama asaba palata”, “Fernende seteme esebe pelete”, “Firnindi sitimi isibi piliti”, etc. Todo el mundo puede descubrir que se quiere decir “Fernando séptimo usaba paletó”.

Otro medio de crear mensajes es darle a cada letra un valor distinto, un número o una letra diferente mediante una tabla de correspondencias. Vamos a suponer que una lengua tiene 3 fonemas. Se pueden hacer todas estas “combinaciones” (¿he dicho ya que “com-binar, como el lenguaje binario, es juntar de dos en dos, aunque además de “binomios”, hay “trinomios” y “polinomios”, como las sílabas “ter” trans”, “gran”, etc.?):

abc cba acb bac bca cab aab aac bba cca ...

Bueno, renuncio a seguir, pero te habrá quedado claro que con pocos elementos se pueden hacer muchas palabras. Supongamos ahora que en la palabra “casa”, la c se escribe 3, la a se dice 1, la s se escribe 2. Entonces “casa” será 3121 en clave cifrada. Así podemos hacer todo un texto donde se diga en qué lugar se esconde un tesoro.

¿Podemos ya acabar estas conversaciones? Hemos gastado mucha saliva.

De acuerdo, pero déjame pasar la lengua por la barra de helado como postre final (o sea, el postre postrero o posterior, el poste con un puesto más distante, en el quinto pino). En latín “lingo”, de donde viene “lengua”, quiere decir “chupar o lamer”. O sea, dar un lengüetazo o lingotazo al lingote que se funde. El fonema “l” se le llama “líquido” (es un hecho fisiológico que su producción segrega más saliva) y la raíz “liqui” (del mismo verbo “lingo”) se relaciona con licor, licuar, lacustre, lácteo y, cosa curiosa, con “reliquia”, que son las cosas abandonadas o dejadas, como hace la marea con los restos de un “naufragio” (o sea una “nao frágil”, fracturada, fraccionada). Y ahora, sin mutilar la motilidad y la capacidad de mutar o mudar de la lengua (Sabina dice de una chica que tenía “la falda muy corta y la lengua muy larga”) vamos ya a quedarnos mudos. Pongamos aquí el punto final, que es como una pedrezuela colocada en la rueda trasera para que no nos

volvamos atrás y nos desdigamos diciendo “diego” donde dije “digo”. Te dejo como colofón una pregunta: relacionar “pesadilla” (de peso) con “incubar” (aprenderás algo de la medicina griega, de los “íncubos” y de los templos dedicados a Esculapio)

Bueno, pues aunque no me gusta más el lenguaje que el baloncesto he visto que se puede hablar y escribir bien sin ser un relamido pedante ni un grosero deslenguado. Si “lengua” viene de “lamer” no “lamento” estas charlas como los perros que se “laman” las heridas. Sobre todo “el perro de san Roque que no tiene rabo porque Ramón Rodrigo se lo ha cortado”. ¿Qué te parece el trabalenguas?

Me hace pensar que tanta “r” “re-petida” (volver a pedir la petición) expresa bien el morfema “re” (erre que erre) de “re-formar” o “re-volver”. Pero no digo ya más para no que me llames el “lindo don Diego”, un poco de Galindo y otro poco de andariego.

Pablo Galindo Arlés

